

CAPÍTULO IV. *Que prosigue el gobierno de Gonzalo de Salazar y el fin que él y su compañero Peralmindez tuvieron*



EL AÑO SIGUIENTE QUE ERA EL DE 1525 por verse Gonzalo de Salazar solo en el gobierno de Mexico, envió a su compañero Peralmindez Chirinos a la provincia de Chiapa, con ocasión de pacificar las alteraciones de aquella provincia, aunque otro la tenía por Cortés; y así quedó absoluto y disoluto en todo y a todos los tenía atemorizados y a monte. Los amigos de Cortés, deudos y parientes, estaban retraídos en la iglesia de San Francisco; y cuando estaban más afligidos y retirados, llegó Martín Dorantes, que lo enviaba el capitán Fernando Cortés desde las Hibueras a Mexico y, sabiendo lo que pasaba, entró de noche.

Antes de esto, temiendo Gonzalo de Salazar que el mal le había de nacer de los que estaban retraídos en San Francisco, deseaba desarraigar aquella semilla porque ya con aquello no le parecía que le quedaba contradicción alguna en la ciudad y trató otra vez de sacarlos y lo quiso intentar; pero siendo certificado que hallaría resistencia y que demás de estar bien armados veinte hombres, que allí estaban, que tenían por cabeza al capitán Andrés de Tapia, supo que les acudirían otros doscientos; y así cesó de aquel intento, volviéndose a las promesas y dádivas, con las cuales le parecía que tendría a las gentes de su parte; pero por mucho que ofrecía no igualaban a los pensamientos de los hombres (tan altos los tenía el arrogancia, con ocasión de aquellas alteraciones, porque todo era mirar cada uno su provecho).

Los retraídos compraban armas para armar a sus amigos y buscaban caballos y ya tenían ocho; trataban si sería bien acometer a Gonzalo de Salazar, yendo a misa y matarle, o salirse al campo para juntar castellanos e indios para hacer la guerra. Gonzalo de Salazar, temeroso de estos movimientos, formó guarda que acompañase de ordinario su persona y regalábalos a todos. Un día convidó a la gente principal y a todos los demás, para un general convite, una legua de esta ciudad, en unas huertas, y todos salieron juntos de la ciudad y en medio, con gran pompa, Gonzalo de Salazar. A esta sazón llegó Martín Dorantes, el cual, entendiendo que los que buscaba estaban en San Francisco retraídos, se fue allá y dijo al capitán Tapia los despachos que traía y para quién; y visto que Francisco de las Casas no se hallaba presente, acordaron de sobretraer el poder que le venía y poner el nombre de la persona que les pareciese y mejor les estuviere.

Dieron luego aviso a Jorge de Alvarado y a otros caballeros que acudieron luego, diéronles las cartas que Fernando Cortés les enviaba y hallándose juntos, hasta ciento, enviaron por picas, lanzas y otras armas, a casas de mercaderes y las arbolaron; y siendo esto de noche (aunque con luna muy clara) enviaron a llamar a los alcaldes y regidores; acudió el uno

y algunos de los regidores y número de gente, y dijéronles cómo el gobernador Fernando Cortés era vivo; mostráronles sus poderes y sus cartas y al mensajero que había venido dijeron que los que quisiesen quedarse quedasen y los otros se fuesen; muchos se quedaron y muchos se fueron.

Ya a esta hora tenían treinta caballos, con los cuales salieron Jorge de Alvarado y otros, dando voces por la ciudad, diciendo que los que quisiesen acudir al servicio de el rey fuesen a San Francisco y verían cartas de el gobernador Fernando Cortés. Fue el contento de esta voz y nuevas muy general, y muy grande en saber que Fernando Cortés era vivo, y mucha la gente que acudía a los que apellidaban su nombre y tenían su voz (donde se vido cuán bien quisto era y cuán amado de todos en general). Escribieron luego al tesorero Alonso de Estrada, que se hallaba a dos leguas de esta ciudad, que viniese, el cual vino luego. El contador Albornoz envió a decir al capitán Andrés de Tapia que holgaría de juntarse con él, pero que quería que le prendiese, y así lo hizo.

Estando toda la gente junta, el capitán Andrés de Tapia refirió las tiranías que Gonzalo de Salazar y su compañero habían hecho; y que la autoridad de el gobierno no la tenía por el rey, ni por el gobernador, sino usurpada, y que convenía que se eligiese teniente que gobernase mientras don Fernando Cortés llegaba, el cual teniente nombrase capitanes que rigiesen la gente, y los que de buena gana quisiesen darles su asistencia se quedasen y los que no, se fuesen muy enhorabuena; todos dijeron que se querían quedar y que los capitanes fuesen Álvaro de Saavedra, Cerón y Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado. Todavía duraba, entre muchos, el odio contra Alonso de Estrada y Rodrigo de Albornoz por las cosas pasadas; pero concertáronlos a entrambos y los hicieron amigos y rogaron a todos que los nombrasen por gobernadores; y así se hizo, aunque fue mal consejo.

Quien vido este día a Gonzalo de Salazar salir a fiestas y acompañado de tanta gente para celebrar el convite y quien le considera agora con la noche, que se le apareja, aquí se me representa el rey Baltasar que hace banquetes y con el bocado en la boca llega la muerte y llévaselo a la sepultura; y aunque no sucede tan puntualmente en Gonzalo de Salazar todo este castigo, a lo menos los que aquel día lo vieron comer sentado a la mesa de tantos y haciéndose el mayor de ella, a la noche le verían en medio de muchas gentes, cercado de una cadena de hierro, dar vueltas por la ciudad para que todos le viesen; y cuando no fuese aquella noche sería otro día, porque son justos los juicios de Dios y secretos sus caminos.

Pues viniendo al caso, digo que Gonzalo de Salazar no ignoraba lo que pasaba en San Francisco; y como le habían dado noticia de todo ya se había apercebido y puesto en orden; tenía consigo mil hombres españoles y había puesto en la boca de su calle doce piezas de artillería. Jorge de Alvarado y los otros capitanes sacaron su gente, que aun no eran quinientos hombres, pusieronlos en las esquinas de una calle que atravesaba y eran allí convenientes.

Dijo Andrés de Tapia que quería hablar con Gonzalo de Salazar y debajo de su fe y de otros caballeros que estaban con él, le fue a ver en su

caballo y desde la calle dijo: señor factor y vosotros que estáis con él, sed testigos que yo deseo toda paz; y aunque me habéis destruido estoy sin pasión. Vos, factor, habéis dicho (y a mí me lo dijistes) que teníades orden del consejo del rey para matar o prender al gobernador don Fernando Cortés; si es así, carta o instrucción tendréis del rey o del consejo, mostradla y os seguiremos todos; y si no, ¿para qué traéis engañada tanta gente? Y vosotros, señores, pues habéis servido al rey, dad ahora ocasión a vuestros amigos que roguemos al gobernador que interceda con el rey, que os haga mercedes y no nos deis lugar para hacer con él, cuando venga, que nos haga cuartos. Gonzalo de Salazar respondió, después de haber oído estas palabras, que no tenía tal carta y que le pareció que era bien hacer lo que hacía y que allí moriría o saldría con ello.

Arremetió el capitán Andrés de Tapia un poco el caballo, diciendo: caballeros, prendedle, no queráis ser traidores. Entonces Gonzalo de Salazar tendió la mano con un mechero, diciendo: calla, si no quieres que pegue fuego. Entonces don Luis de Guzmán, que era capitán de la artillería, por Gonzalo de Salazar, dijo: métase el artillería en casa, que nos vienen a dar por las espaldas y allí nos haremos fuertes. Y retirando el artillería, mucha gente y la mayor parte se juntó con el bando de Cortés; el cual viéndose poderoso llamó el cabildo, que se juntó en una casa y recibió por gobernadores y justicia mayor al tesorero Alonso de Estrada y al contador Rodrigo de Albornoz, con condición que diesen a Álvaro de Saavedra el cargo de teniente de gobernador de los puertos de la Vera Cruz y de Quatzaqualco; a Jorge de Alvarado la tenencia de las atarazanas; y a Andrés de Tapia la capitania general y oficio de alguacil mayor.

Concertadas estas cosas y hecho escuadrón de toda la gente, llevaron en medio a los gobernadores, y iban delante Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con un escribano, para hacer pregonar los gobernadores y notificar las provisiones hechas; avisaron que los querían arcabucear y, sin dar lugar a ello, arremetieron con un escuadrón de picas, que estaba a la puerta y toda la gente, por otras partes, escalaron la casa muy presto por cinco o seis partes; derribaron al capitán Andrés de Tapia de una pedrada; entró Jorge de Alvarado y dio con Gonzalo de Salazar y le prendió; y él y Tapia defendieron que otros muchos no le matasen. Álvaro de Saavedra defendió a otros y los puso en salvo; y así se desbarató, y huyó la gente, unos por ventanas y otros por corrales y por la parte que más a mano hallaban y que les parecía más segura.

Echaron una cadena a Gonzalo de Salazar y con mucho vituperio le llevaron por las plazas y calles para que todos le viesen; hicieron luego una jaula de vigas gruesas en que lo metieron. Pasáronse los nuevos gobernadores a las casas de don Fernando Cortés. Luego Estrada se mostró derechamente contrario de Gonzalo de Salazar; pero Albornoz anduvo doblado hasta ver si el factor vencía, y después no se declaraba del todo contra él, y así iba disimulando; y como Peralmíndez tenía más amigos que Gonzalo de Salazar, avisáronle a Huaxaca (adonde estaba) y con mucha diligencia venía a socorrer a su compañero; pero porque supo que Andrés

de Tapia salió a prenderle, se recogió a Tlaxcalla y se metió en una casa, donde a la sazón vivían los frailes de San Francisco. De allí le sacó y le trajo a Mexico, adonde le pusieron en otra jaula, junto de su compañero, y con esto se sosegaron, por entonces, las alteraciones de esta ciudad y feneció el gobierno de Gonzalo de Salazar; y por las calles, que mandó sacar a otros que tiránicamente justificó, fue sacado y llevado con pública afrenta.

*CAPÍTULO V. De cómo entró en el gobierno Luis Ponce de León, juez particular que vino a tomar residencia a Cortés, y de su muerte; y gobierno de Marcos de Aguilar y tras él Alonso de Estrada*



STANDO EL GOBIERNO EN LA SAZÓN DICHA, y Gonzalo de Salazar y Peralmindez presos, vino el capitán y gobernador don Fernando Cortés, luego el año siguiente de 1526, el cual, como propietario y muy querido de todos, fue recibido con general alegría de todos, así españoles como indios; y poco después de esto, estando con el contento dicho, llegó a esta Nueva España Luis Ponce de León, a tomarle residencia, con mucho y muy favorable poder y autoridad. Luego que llegó al puerto de San Juan de Ulúa, antes de salir a tierra, despachó dos hombres con cartas para Cortés, avisándole de su llegada y la causa de su venida; aunque pocos días antes que éstos llegasen le dio aviso Simón de Cuenca, su teniente en la Vera Cruz, de que habían aportado allí ciertos pesquisidores y jueces del rey a tomarle residencia. Esta nueva se le dio en San Francisco, después de haberse confesado y comulgado, y la recibió con buen ánimo; y estando el día de San Juan viendo correr toros, llegaron los dos mensajeros que el pesquisidor o visitador enviaba con las cartas de su venida. Recibiólos bien y respondió luego con persona propia, pidiéndole le diese aviso por qué camino quería venir, porque pudiese enviarle gente que le viniese sirviendo. Aunque como no todos estaban contentos, algunos estaban de parte de Salazar; y luego interpretaron mal la prevención del gobernador y dijeron a Luis Ponce que aquella pregunta era cautelosa y que era para saber por dónde iba, para hacerle algún daño; y que si no se partía presto quitaría la vida a Gonzalo de Salazar y Peralmindez y otras cosas muy propias de enemigos y de corazones apasionados.

Con estas nuevas que oyó Luis Ponce acordó de tomar la posta luego, aunque, como venía cansado de la mar, deseaba reposar y descansar allí cuatro o cinco días; acompañóse de algunos de los que con él habían ido; y dióse tanta priesa que en cinco días llegó a Itztapalapan, dos leguas de esta ciudad, sin dar lugar a los criados que había enviado don Fernando Cortés, por entrambos caminos, para que le sirviesen y regalasen. Hízose en Itztapalapan un gran banquete, con fiestas y alegrías y en comiendo tuvo un vómito y diole correnca; y lo mismo les sucedió a todos los que